

HEMEROTECA
Abrapalabra
no.12
1993
c.2



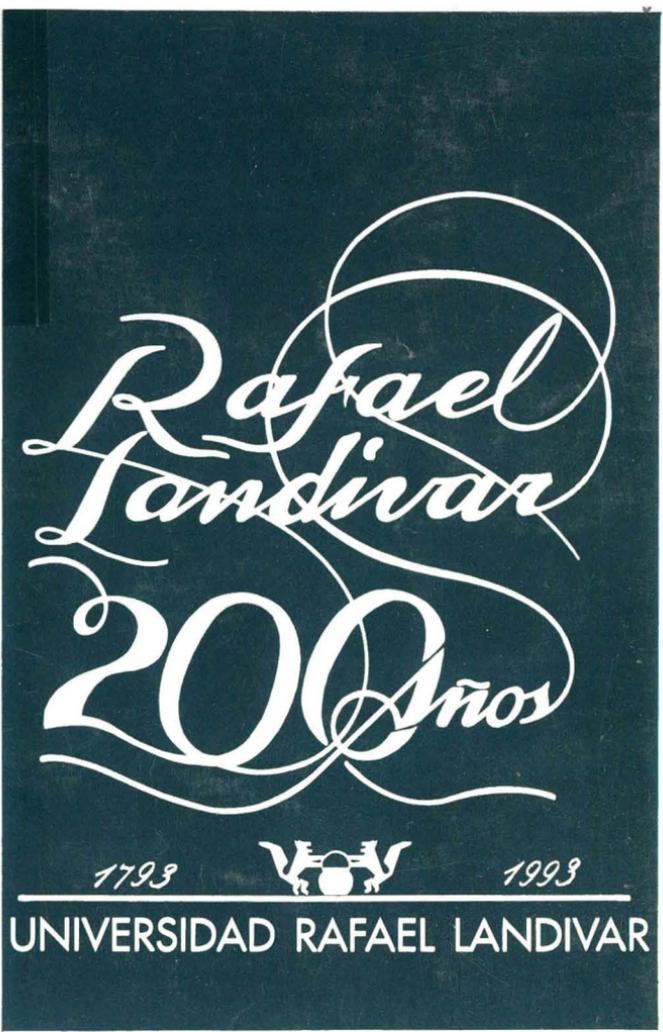
Departamento de Asuntos Cu...

RAFAEL LANDIVAR

UNIVERSIDAD

Revista Literaria

Abrapalabra



UNIVERSIDAD RAFAEL LANDIVAR

Logo Bicentenario por D.G Erika Grajeda

SUMARIO

Editorial	Antonio Gallo
Ensayos	Dieter Lehnhoff Dante Liano Alfonso Enrique Barrientos
Nuevas Publicaciones	Alfonso Enrique Barrientos
Poemas	Luis Cardoza y Aragón

12



LA MÚSICA EN GUATEMALA EN TIEMPOS DE RAFAEL LANDÍVAR

Durante la infancia y juventud de Rafael Landívar, las artes musicales vivieron un gran florecimiento en la Ciudad de Santiago de Guatemala. En 1738, cuando Landívar cumplía los siete años de edad, asumió como maestro de capilla de la catedral el compositor Manuel Joseph de Quirós, oriundo de la ciudad de Santiago. Quirós formó a un grupo de discípulos, a quienes enseñó a cantar, a tocar y ejercitarse en el arte de la composición. Entre sus pupilos se encontraba su sobrino, el joven Raphael Antonio Castellanos y Quirós, tan solo pocos años mayor que Landívar. Una de las ocasiones musicales más memorables fue sin duda la exaltación de la Catedral Metropolitana de Guatemala en noviembre, 1745.

Toda la ciudad acudió a la Catedral para la ceremonia de imposición del palio al primer arzobispo, Fray Pedro de Figueroa. Entre los asistentes estaban incluidos desde luego los estudiantes de la Real Universidad y los alumnos de los colegios San Lucas y San Borja, entre los cuales se encontraba Rafael Landívar, quien acababa de cumplir catorce años. Los diferentes estratos sociales de la capital colonial se dieron cita durante cinco días, asistiendo a las ceremonias religiosas propias de la ocasión. Las intervenciones musicales de Quirós y su coro, que fueron parte esencial durante los festejos, fueron alabados por muchos de quienes estuvieron presentes. Uno de ellos, el abogado de la Real Audiencia de Guatemala don Antonio de Paz y Salgado, publicó una detallada descripción de las ceremonias en su libro *Las luces del cielo de la Iglesia difundidas en el emisferio de Guathemala* que fue impreso en la ciudad de México en 1747.

Según Paz y Salgado, el palio fue elevado el día 14 de noviembre "entre las regocijadas voces que se oían del Te Deum Laudamus; que entonó la armoniosa Capilla de Coro, gobernada por su famoso maestro Quirós, en cuya diestra pericia, y suaves modulaciones, parece se ha pasado todo el aire, y estilos de la Italia; sin que el oído más acostumbrado a éstos, tenga que echar de menos sus consonancias..." Solemnizada la imposición, las campanas de todas las iglesias de la ciudad se unieron en un repique general. La población de Santiago de Guatemala celebró musicalmente, participando en el regocijo general "con alegres ruidos, gran número de atabales, y marimbas diestramente tocadas por los naturales de este valle".

Paz y Salgado nos da una idea de la calidad de la música que escuchó Landívar en esos días: "Las Músicas, villancicos y conceptuosas letras, que sirvieron a estas festivas pompas, se debieron a la pericia del ya expresado Maestro de Capilla, quien con el número acorde de sus instrumentos, y la canora suavidad de las voces, que con estudioso cuidado ha juntado, tuvo en un continuado embeleso a los oyentes; sin que el más delicado oído tuviese que melindrear, porque sobre la imitación propia del nuevo aire, y estilos de la composición, supo hermanar la majestad, gravedad, afectos, y sublimidad, con que en arrebatados éxtasis mantenía los ánimos..."

En 1749, después de graduarse de la Universidad de San Carlos como doctor en Filosofía, Rafael Landívar partió hacia el Virreinato de Nueva España, donde estudió teología e ingresó a la Compañía de Jesús. Cuando regresó a su ciudad natal en 1761, todavía encontró a Quirós al frente de la Capilla Musical de la Catedral. Raphael Antonio Castellanos, asistente del maestro, se había convertido

en un compositor de gran habilidad. Cuando Quirós falleció en 1765, Castellanos asumió la función de Maestro de Capilla. Durante los años que vivieron en la misma ciudad, Landívar, a la sazón rector de San Borja, indudablemente escuchó muchas de las composiciones del prolífico Castellanos que se estrenaban en los maytines de las grandes fiestas del año católico. En las celebraciones de más esplendor y para la ejecución de obras mayores, la Capilla Musical, como se llamaba la agrupación más importante de la Audiencia de Guatemala, incluía hasta dos docenas o más de músicos y cantantes. Sin embargo, también era frecuente la conformación reducida, especialmente para la interpretación de ciertos villancicos, utilizándose un par de violines, clavecín u órgano y violón o bajón, además de uno o varios solistas vocales.

La obra de Castellanos incluía muchas veces referencias a la música que se escuchaba en las calles de Santiago de Guatemala, como las marimbas que ya mencionaba Paz y Salgado. Esto se nota especialmente en los numerosos villancicos de navidad compuestos por Castellanos, en los que la alegría de las fiestas encuentra una expresión de fuerte sabor popular guatemalteco. Las recientes grabaciones en disco compacto de algunas obras de Castellanos por la agrupación MILLENNIUM, en efecto reflejan a un compositor de técnica refinada, que supo integrar en su música los elementos indígenas y afrocaribeños con aquéllos de raigambre hispánica.

Esta fue la tradición musical de Rafael Landívar cuando tuvo que abandonar su amada ciudad natal en 1767. Durante el resto de su vida, que transcurrió en la ciudad italiana de Boloña, se recordaría con frecuencia de las impresiones recibidas en esos primeros 36 años. Así lo refleja su *Rusticatio Mexicana*, una de las obras cumbres de la latinidad moderna en la que Landívar describe los paisajes de Mesoamérica, y, con especial cariño, a su *Urbi Guatimalae, Ciudad de Santiago de Guatemala*.

No se sabe si Landívar pudo mantener algún contacto con los artistas de Guatemala a partir de la expulsión de los Jesuitas.

Sabemos que Raphael Antonio Castellanos cultivó correspondencia con colegas en el viejo continente, con quienes intercambiaba composición. Queda por constatar si las numerosas obras boloñesas que llegaron a Guatemala durante las décadas del exilio de Landívar fueron enviadas a Raphael Antonio Castellanos por el ilustre poeta.

En lo que no hay duda es en que el peculiar acento y la calidad de la música guatemalteca durante los años formativos de Rafael Landívar tuvo una influencia decisiva en el desarrollo de la sensibilidad del poeta.

A través de su descubrimiento para nuestro tiempo, la música de los grandes compositores de la época de Landívar está cobrando nueva vigencia. Posee, como la *Rusticatio* y las obras de tantos otros grandes maestros guatemaltecos, una intemporalidad que nos cautiva hoy como encantó hace dos siglos a nuestros ancestros.

EN EL CONVENTO DE TEPOTZOTLÁN

Al impulso de la fe que hizo arder en su alma la Compañía de Jesús, Rafael Landívar entró en el alcazar de oro puro en medio de la atmósfera más azul de la Nueva España. Vino ya togado por la Universidad de San Carlos a proseguir estudios para ordenarse de sacerdote. Retornó después a su patria Guatemala y allí permaneció contemplando el Volcán de Agua, extasiado en las fuentes a las que les dedicó un cántico intemporal:

Cuánto recrea, Ciudad Augusta, evocar tus blasones: el temprado clima, las fuentes, alamedas, templos y lares.

En aquella excursión de estudio y de éxtasis a Tepetzotlán, en inolvidable día del mes de Septiembre, el tema dominante fue la nostalgia que el poeta empezó a sentir por Antigua cuando pasó bajo los arcos del Convento en donde debía permanecer admirando la campiña (Rusticatio) bajo la atmósfera del Septentrión.

Pero de nuevo la nostalgia del poeta, cuando vuelve a los patrios lares y su memoria crea los instantes fugaces de Tepetzotlán en cuya fábrica los españoles hicieron hervir el oro puro para el churriguera de los altares.

Quizá sin saberlo Carlos III contribuye a una nueva nostalgia infinita al expulsar a la Compañía de Jesús del patrio suelo y lanzarla a recorrer el Mediterráneo. Nostalgia tras nostalgia, el poeta iba atesorando, nos explicaron los mentores, todos doctores en Historia, como en poesía porque en esa excursión de estudio y de éxtasis -como decíamos- iban lentamente ascendiendo por las escaleras, Erasmo Castellanos Quinto, Francisco de la Maza, Rafael Heliodoro Valle, Carlos Pellicer, Francisco Monterde y algunos latinistas vinculados por la lengua, por la historia y por la poesía a la obra de Landívar.

Pasado un mediodía neutral en el que las flores inclinaban la cabeza a nuestro paso y soltaban el aroma para besar el viento, hubo un silencio como de serio compromiso. Los discípulos pusimos mayor atención. No éramos muchos, un Ernesto Mejía Castro y Jesús Arellano, dos guatemaltecos Roberto Girón Lemus y Alfonso Enrique (el que escribe y olvida) y alguien de la América del Sur. Los maestros buscaron acomodo bajo aquel cielo que parecía dulce y todos hicimos silencio. El Maestro Valle se adelantó para colocarse al centro de la escena en la cual Natura respetaba la presencia de las arrobadas de polvo de oro que ocultaban su valor ante lo excelso de la poesía:

Y el poeta leyó:

*Aquí Landívar construyó un alcazar
de hervoroso cristal para las náyades
del Bosque virgiliano donde un día...*

*Canta en el alba San Francisco y canta
Platón, mientras se incendian los zafiros
del crepúsculo...*

*Ya Landívar no tiene más palabras
porque es la voz de la naturaleza
convertida en pasión y en melodía.*

Habíamos escuchado las estrofas del poema "Figuras de Landívar en el Agua" y la música de los versos había resonado en aquellas bóvedas artificiales en donde el oro se toca con los dedos. Fuimos por unos momentos prisioneros de la maravilla de San Martín de Tepozotlán.

Cada año hay una o dos excursiones a aquella posesión landivariana donde impera el espíritu del poeta que supo dominar la nostalgia antigua, con el ejercicio de la poesía y la gimnasia de los exámetros.

El recuerdo se nos había filtrado en el alma y afloró hoy en que hemos aproximado la esencia del ostracismo, apoyados en la historia literaria, al espíritu del primer poeta de Guatemala cuyas venas percibieron el latido de un corazón palpitando, allá lejos...

En 1731 la Antigua todavía no era "antigua": estaban por venir los terremotos de Santa Marta, de 1773, que dejaron la ciudad en ruinas y a sus habitantes espantados. Tan espantados que la mayoría decidió abandonarla para fundar la capital de Guatemala en el Valle de la Ermita, airosa meseta rodeada por una cintura de cerros llamada *La rosca de San Blas*.

La Antigua todavía no era antigua: se llamaba Santiago de los Caballeros de Guatemala y era una de las más bellas ciudades de la América colonial. El cuidadoso empedrado de las calles hacía resonar los cascos de los caballos en el fresco interior de los zaguanes, oscuros y amplios. Habrán sido largas y españolas las siestas bien comidas de los criollos. A esa hora, el sol reverberaba sobre los muros blancos de las casas, en contraste con las bugambilias, las rosas, los geranios, las palmeras y los naranjos cargados que desbordaban los patios repetidos de las casas de ricos.

Los pobres, mestizos e indios, trabajaban en las haciendas y su multitud era invisible aun en la misa del domingo, cuando bajaban en masa a poblar las enormes iglesias, lujoso testimonio de la existencia de Dios. Dios tenía que existir aunque fuera sólo para justificar la maravilla churrigueresca de la Merced, goloso turrón de mazapán, o la sobriedad monumental de San Francisco, que se plantaba con todo y convento como testimonio de la inmensidad divina, o las alturas inalcanzables de las bóvedas de la Catedral, ligeras y aplastantes, hechas pareciera para pedir perdón.

Poseía, además, una finca llamada El Portal y había ocupado altos cargos públicos.

Dentro de la finca, los **Landívar** tenían una casita denominada La Asesoría. Tal dependencia fue destinada a la educación del joven **Rafael** atendido por dos preceptos. Toda su infancia transcurrió entre el estudio y la placidez de la casa familiar. Son los años de felicidad que luego vendrán a su mente de exiliado en Bolonia.

Terminada, con los preceptores, una escuela elemental equiparable a la mitad de la escuela primaria, **Rafael Landívar** entró al colegio de San Borja, dirigido por los jesuitas. Según **Faustino Chamorro**, la decisión de hacerlo estudiar con los discípulos de **San Ignacio** obedeció a que aquellos garantizaban la mejor educación posible en la Guatemala de la época.

Es una fama que los jesuitas siempre han tenido. También gozaban de la otra fama que los ha perseguido: la de doctores excesivamente sutiles, los que nunca responden con una tajante afirmación o negación sino, con un: "distingamos". Sirva de ejemplo la gustosa polémica sobre el caldo de carne que nos relata **Carmelo Sáenz de Santa María**.

EN EL COLEGIO DE SAN BORJA

Rafael Landívar, un niño todavía, entró al Colegio de San Francisco de Borja, dirigido por la orden de los jesuitas. Muy pronto se distinguió por su talento fuera de excepción. Aparte de la

Iglesias, conventos, más iglesias y más conventos, más testimonio de riqueza que de fe. La Recolectión, Santo Domingo, Santa Clara: cualquier otro pueblo era una aldea desvencijada en comparación con la belleza sin remilgos de la capital de Guatemala. Los criollos, nietos de conquistadores, habían edificado una ciudad que no hacía sentir nostalgia, por la Madre Patria. Pequeña y recogida, espléndida y rica, Santiago de los Caballeros podía ser una ciudad andaluza sin desmerecer.

Para gozar de este paraíso se necesitaba un solo requisito: haber nacido rico. La magra disculpa es que se trata de requisito universal. Dondequiera, la pobreza amarga todo. Los que se quejan de que mejor hubieran nacido en otra época, deberían de añorar: en otra época y ricos. Santiago de los Caballeros era una ciudad preciosa, pero un mecapal ardiente, después de kilómetros a pie descalzo, no es que hiciera saltar de gozos estéticos al abastecedor de chocolate, maíz, dulce, frutas y demás alimentos para la casa señorial. Lo más probable es que deseara llegar lo más pronto posible al zaguán de la casa del patrón, a descargar cuerpo y alma, entre suspiros de crucifixión.

LANDÍVAR

En el detenido tiempo de la Colonia, la familia Landívar Caballero y Ruiz de Bustamante se aposentaba en una florida mansión. Allí nació, el 27 de octubre de 1731, **Rafael Landívar**. Su infancia se desarrolló bajo el afortunado signo de la buena cuna. El padre era de origen navarro; la madre, castellana. El padre, don **Pedro de Landívar y Caballero**, era industrial del Estanco de la Pólvora, Salitre y Aguas Fuertes.

inteligencia, que nadie le niega, **Chamorro** le atribuye una "índole contemplativa" y supone, de la lectura del texto landivariano, que también era aficionado a los juegos propios de la edad. Todo el Canto 15 de la *Rusticatio mexicana* está dedicado a la descripción de las diversiones populares de los guatemaltecos de entonces. La precisión de los relatos nos dice que **Landívar** no tuvo una vida de encierro, sino que participaba, aunque fuese como espectador, en la vida sencilla y cotidiana de su época.

Después de haber contado el trabajo en el campo y en las minas, **Landívar** exclama: "...me lleva el deseo a mezclar con el rudo trabajo los juegos/y en blanda quietud reponer los esfuerzos gastados".

Por ese deseo nos enteramos con qué se entretenían los guatemaltecos en la segunda mitad del siglo XVIII. Había sangrientas peleas de gallos, y también la gente gustaba de las carreras de caballos. Otra diversión eran las corridas de toros, que, según descripción landivariana, seguían las mismas reglas que en España. El torero no vestía un traje especial y la capa era blanca, y no roja como ahora se usa.

Otra atracción popular era el palo ensebado, que no posee los contornos dramáticos de la corrida. Allí son las carcajadas y las bromas, mientras que admiración boquiabierta nace ante la acrobacia del palo volador. Un testimonio precioso de la sobrevivencia de la cultura prehispánica aún a fines del siglo XVII es el relato del juego de pelota ofrecido por "*la turba copiosa de indios jugando*". Por la que parece, se trata del mismo juego de pelota de los mayas, cuya descripción encontramos en **Morley** o **Thompson**.

RAFAEL LANDÍVAR SUS TRES DESTINOS

Los equipos desfilan formando un círculo. Luego, una pelota de hule macizo es lanzada al aire, y la función de los jugadores consiste en no dejarla tocar tierra. Pueden usar los muslos, las ancas, los codos, las rodillas o los hombros, pero no las manos. De las reglas del juego deriva que, con mucha frecuencia, los jugadores se tiran a tierra para levantar la pelota con los codos o las rodillas. El que toca la bola con las manos, pierde. Y el que pierde, paga los gastos del juego.

Pero no sólo de diversiones se componía la vida de **Landívar**. Antes bien, su mayor tiempo estaba concentrado en el estudio. Es entonces que adquiere el singular dominio del latín, que lo hará, años después, componer su obra poética en esa lengua. No me convence la frase de **Octaviano Valdés**, quien afirma que escribió en latín "sencillamente porque era su lengua, tan propia o más que el español". No existe lengua extranjera que sustituya a la lengua materna. Lo de **Valdés** es hipérbole de estudioso. **Landívar** escribió en latín porque era su lengua literaria y porque su aristocracia espiritual se lo dictaba.

LOS ESTUDIOS SUPERIORES

Santiago de los Caballeros contaba con tres universidades: la Universidad de San Carlos, el colegio de Santo Tomás y el colegio de San Lucas. El colegio de San Borja, al cual asistió **Landívar**, dependía directamente del de San Lucas. Allí recibían repeticiones los alumnos de los jesuitas. Los exámenes,

en cambio, debían sostenerlos en la Universidad de San Carlos. Había una cierta pugna entre la Universidad Carolingia y las otras, pero, más que a cuestiones doctrinales, me parece que se debía a la estrechez del ambiente.

La vida en el San Borja no parece haber sido muy adusta. Era un edificio cuadrado, con habitaciones particulares, porque en la ciudad no estaba bien visto que los niños durmieran en aposentos comunes. Los colegiales se salían con frecuencia y, para ajuste, el rector, el padre **Benavides**, "se jactaba de no tener genio de castigar" (**Sáenz de Santa María**). Parece ser que reinaba, en el colegio, un ordenado relajado. Todo dentro de lo que era permitido en la época.

La misa era a las cinco de la mañana y los alumnos, naturalmente, eran escogidos monaguillos. Además de los estudios, los niños tenían doctrina, a la hora fatal de las dos de la tarde. Fue una de esas clases de doctrina que se produjo el caso del padre **Vallejo**.

En las fiestas reales era donde se veía quién era quién. Para las corridas de toros, los niños del San Borja tenían un sitio especial, e iban tan galanes con sus lujosos vestidos que los seminaristas de la Asunción se ponían rojos de vergüenza. De noche, los borjinos salían a fiestas y saraos, vestidos con el traje de su colegio. Ponérselo, y salir a pasear con él, era decir a la ciudad que se pertenecía a sus más altas esferas.

Los colegiales estudiaban gramática, filosofía y teología. No había otras materias en la época ni tampoco necesidad de ellas. Con esos estudios escolásticos, los graduados llenaban los requisitos para convertirse en curas, o si optaban por la vida laica, en administradores públicos, aparte de la

gestión de sus propias haciendas. Muchos de los graduados de los jesuitas pasaban a ser profesores de la San Carlos, y algunos de ellos fueron incluso rectores de la primera universidad guatemalteca.

LICENCIADO A LOS 16 AÑOS.

De la vida de estudio y diversiones de los escolares de San Borja, **Landívar** prefirió lo primero. No cabe duda de su talento precoz ni de su afición por los libros. A los 11 años inició los estudios de filosofía. Al cerrar su tercer año de estudios en San Borja, se inscribió también en la Universidad de San Carlos. Resultó alumno tan aprovechado que hizo en catorce meses lo que los demás en tres años: en 1746 recibió el grado universitario de bachiller en Filosofía. **Mata Gavidia** anota con severidad: "El



afán de graduarse era injustificable en **Landívar**, pues era apenas un adolescente de 15 años".

Para ser licenciado y maestro, había que cumplir tres años de pasantía. **Landívar** tenía prisa y puso en el plato de balanza dos poderosos pesos: sus resultados académicos, del todo excepcionales, y la influencia de su padre. No era cosa de risa saltarse tres años de Universidad. Así que el joven **Landívar** hizo una súplica al Capitán General, la máxima autoridad del país, y éste intercedió ante la Universidad. La San Carlos dictaminó, como debía, que la petición era ilegal, pero que tratándose de un estudiante genial, podía dársele la dispensa. También en este caso, **Mata Gavidia** censura a **Landívar**.

Lo cierto es que **Landívar** se graduó como licenciado en Filosofía el 4 de mayo de 1747 y en mayo de ese año obtuvo el grado de maestro, siempre en la Universidad de San Carlos. De allí en adelante, hasta la muerte de su padre, en 1749, **Landívar** se ejerció en el

RAFAEL LANDÍVAR SUS TRES DESTINOS

magisterio con las clases de Retórica y Poética en el colegio de San Borja. Contaba con sólo 18 años.

EN EL SEMINARIO

A esa edad, decidió entrar en la orden de los jesuitas. Largo camino le esperaba hasta el seminario de Tepetzotlán, en México. En los últimos meses de 1749, Landívar abandonó por primera vez Guatemala. Fueron 300 leguas de camino. Es muy probable que esa primera experiencia haya sido decisiva para la descripción de los paisajes que aparecen en la *Rusticatio mexicana*.

De la cuenca tibia entre volcanes, de la geométrica y ordenada ciudad colonial, Landívar subió a la meseta, bajó a la costa, atravesó valles, vio las

Cinco años pasó en el Seminario de Tepetzotlán. Durante este tiempo, se ganó la fama de buen poeta. Terminó sus estudios eclesiásticos en el Colegio Máximo de México. Se ordenó como sacerdote en 1755 y los siguientes tres años fue maestro de Gramática y Retórica en Puebla y México. En 1758 se encuentra de regreso en Guatemala.

LA EXPULSIÓN

Reinaba en España el borbón italianizado Carlos III. El rey, inspirado por las nuevas ideas de la ilustración, y sostenido por un equipo de ministros fuertemente "liberales", trataba de llevar a cabo una serie de reformas que chocaban contra el espíritu tradicional de buena parte de la sociedad española. En toda Europa, los jesuitas se identificaron con el Papa, y éste, con el conservadurismo eclesiástico. Las monarquías europeas, en su afán transformador, comenzaron por barrer a los jesuitas de sus territorios.

Portugal los expulsó en 1759, y Francia, en 1764. Llegaba el turno a España. Carlos III encontró el pretexto en el motín madrileño de 1766 contra su ministro italiano Leopoldo de Gregorio, marqués de Esquilache. Los jesuitas fueron acusados de haber instigado al pueblo y el 27 de febrero de 1767 el Rey emitió la "Pragmática sanción" en la que ordenaba la expulsión de los jesuitas de todo el territorio español y la confiscación de los bienes de la Compañía.

La noticia llegó a Guatemala el 17 de junio de ese año. Al alba del 26, el

Ejército cercó los colegios de San Lucas y San Borja. Mientras el sol tardaba perezosamente en salir, el Fiscal de la Audiencia, al mando de un grupo de militares, capturó al Rector de San Lucas y encerró a los otros padres en el refectorio. Luego, les leyó el decreto de expulsión. Acto seguido, secuestró todos sus papeles y los libros de la biblioteca. Estaban presos. Toda comunicación con el exterior les quedó negada.

(Estos soldados que entran al amanecer en una casa de estudios, este ruido de armas en sagrado; este cateo de documentos y de libros en la Universidad; botas pesadas y llenas de la arenilla de los intersticios del empedrado que sellan con su huella la caligrafía cuidada y estudiosa; estas órdenes de callar y obedecer; los empellones arrogantes contra el susto no menor por anunciado; el vocerío y el relumbrón de las armas, las carreras, la segura burla, la venganza del resentido que se las ha guardado para ahora; la estentórea lectura del decreto, legalismo inútil como una sentecnia de muerte leída en el patíbulo... ¡Cuánta Guatemala en todo ello! ¡Cuánta profecía para siempre!).

LA RUSTICATIO MEXICANA

Muy pocos guatemaltecos han leído la obra maestra de Landívar, ni siquiera porque siempre ha sido publicada con versión española al frente. Se trata de una composición de altísima poesía, en la que se mezcla el rigor del virtuosismo (cinco mil hexámetros latinos, o sea, un poema de doscientas páginas) con el genio poético y la pasión del desterrado. Landívar no necesita monumentos; con el poeta latino, puede exclamar: "Con mi obra, yo mismo me he construido un monumento". La obra inicia con un grito:



Fotografía: de Fernando Cifuentes.

haciendas fructuosas, debió pararse ante algún río, caudaloso y refrescante en tierra caliente, helado y transparente en la montaña, vio los viejos caminos polvorientos, conversó con los trabajadores, se empapó, en fin, del paisaje de su patria, violento y magnífico, imponente y lleno de color. No era trabajoso amar a esa patria.

En febrero de 1750 se inscribe en el Seminario. Si la impresión intelectual que causa es buena, menos lo es la impresión física. Los padres del novicio lo pintan así: "De buen ingenio, suficiente juicio, ninguna experiencia, complexión flemática, talento del cual se espera mucho y vario, en letra se espera bueno". Recién llegado, cayó enfermo con fiebres rebeldes y los curas comenzaron a dudar de concederle los votos religiosos. Pero al final sanó y se adaptó al clima mexicano. Tanto que, en un informe posterior, su complexión es hecha pasar de "flemática" a "sanguínea", su salud es "buena", su prudencia "magna" y de su talento se espera "todo".

"*¡Salve querida patria, dulce Guatemala, salve!*". Sólo sabiendo lo que hay detrás de esa frase, viril y sobria, sin caídas ni sentimentalismos, uno puede comprender el desgarramiento, la amargura, la evocación auténtica que encierra. Los poemas patrióticos son odiosos, porque generalmente encierran una melosa retórica y una incondicional adhesión a los falsos valores de lo poderosos. Mas este himno con que se inicia la *Rusticatio* no es un poema patriótico, sino un poema de amor, intenso y violento, escrito con la rabia y la desesperación con que **Cardoza** lo aprecia.

¿Qué penas, qué soledad había en el poeta, cuáles preocupaciones lo afligían? Habrán sido muchas, y todas relacionadas con estar lejos de Guatemala. Podemos imaginarlo, en la casa alquilada, de pensionista y sin más función en la vida que la de oficiar misa diaria. Dura pena para un hombre activo y acostumbrado a las ejercitaciones universitarias, con su aureola de distinciones y respeto. ¿Cómo no recordar la época en que era rector de un colegio universitario en una de las ciudades más bellas de América?

Por eso Guatemala viene a su mente como un recuerdo primordial: "*Deliciun vitae, fons et origo meae*" ("*Delicias y amor de mi vida, mi fuente y origen*"). Leo y releo el original y agradezco la traducción de **Faustino Chamorro**, filólogo hispano-costarricense, que me hace degustar el verso landivariano en su mayor aproximación al español. Leo y vuelvo a leer, y me asombra la viva carne de la herida que asoma detrás del

poeta", se necesita degustarlo poco a poco, sin la avidez de la novela policial.

Habría que leerlo en desorden, comenzando por las partes que más se asemejan al gusto contemporáneo. El himno de introducción, por ejemplo, para seguir después con el gustoso Libro XV, en donde con gracia relata las diversiones de los guatemaltecos en la época colonial. Luego el libro de las aves y después el de las fieras. Poco a poco, el poema nos va revelando su grandeza y el don de **Landívar** a la patria se nos vuelven evidente.

LA PUBLICACIÓN

Landívar publicó dos ediciones de su obra. La primera, en Módena, ciudad poco distante de Bolonia, en 1781; la segunda, en la propia Bolonia, 1782. Esta última está corregida y ampliada. La obra consta de algunas ilustraciones hechas por el propio **Landívar**. No son artísticas para nada, sino académicas y correctas. Tampoco me parece que **Landívar** quisiera alcanzar la gloria también como pintor.

Una vez publicada la *Rusticatio*, el poeta parece tener una cierta conciencia de su próxima muerte. En 1783, se traslada con un pequeña comitiva al palacio del marqués de Albergati. En 1784 ha aceptado que no regresará nunca a Guatemala. Renuncia, por tanto, a su herencia. Cambia domicilio con cierta frecuencia y, al final, en 1793 regresa al palacio Albergati.

férreo metro latino. ¡Cuánto amaba a Guatemala este hombre!

Desclasado y marginado, un perfecto don nadie en la Bolonia ilustrada, traga amargo y escribe sus perfectos versos: "¡Cuánto me place, Nutricia, volver a pensar en tus dotes, /tu cielo, tus fuentes, tus plazas, tus templos, tus lares!"

Cardoza comenta: "*Se estremece de dolor y el canto vibra sentidamente y nos conmueve. Entonces, se me aproxima y abdica de ser estatua, no obstante su llanto de lágrimas geométricas*".

Cardoza le critica una cierta rigidez descriptiva, así como que a veces se deja arrastrar por la retórica latina, de modo que los lagos mexicanos salen más parecidos al mediterráneo que a sí mismos. El poeta estaba consciente de este detalle. En la "*Advertencia*" a su poema, se excusa: "*Lector benévolo, quisiera advertirte que hablaré al modo poético cuantas veces se haga mención de la Antigüedad*".

Después del apasionado canto de amor a Guatemala, el poeta hace como el que vuelve en sí luego de un arrebato: se alisa la túnica, afina la lira y canta ordenadamente los paisajes, las industrias, los animales y los juegos de su tierra natal. Su canto es perfecto. Pero, a veces, la perfección puede ser aburrida.

O, más probablemente, los lectores no estamos a la altura de esa perfección. Tendemos a admirar aquello que está a nuestro alcance. Apenas no comprendemos un arte, con soberbia nos aburrimos. Sabemos que para aprender a rasguñar una guitarra hay que dedicar horas y horas de paciencia a cambio de mínimos resultados: los acordes suficientes como para desgañitarnos en las fiestas. Para gozar de la poesía de **Landívar**, "*altísimo*

MORIR Y PRESTO

Según su biógrafo **Félix de Sebastián, Landívar** hablaba ya de una "próxima muerte" desde 1780. Se trataba de una muerte deseada, más que de una muerte cierta. Podía ser también el resultado de una vida en una ciudad extraña, añadido a la convicción de que nunca iba a regresar a Guatemala. Quizá por ello se decidió a publicar la *Rusticatio*. Pero la publicación, después de la euforia que es natural en esos casos, puede ser que haya precipitado su desazón.

Había construido su monumento: "*Mi plectro entre tanto de ronco tañido, solaces del llanto, /recibe, y que seas en cambio tú misma mi lauro*". Está hablando a Guatemala a quien le ofrece su inspiración poética (el plectro). Esa inspiración le ha sido consuelo en las desgracias. Pero ya no le sirve, pues espera que la patria misma sea su galardón.

A los que le preguntaban qué sentía, el poeta respondía: "*Morir y presto*". Al final del verano de 1793, **Landívar** enfermó gravemente. Los médicos que lo examinaron no pudieron dar con su mal. El 27 de septiembre, a las siete de la mañana, **Rafael Landívar** falleció, en casa del marqués de Albergati. Fue enterrado en la iglesia de Santa María del Muratelle, que era su parroquia. Había cumplido con sus tres destinos: padecer cárcel, ser desterrado y morir en el exilio.

En 1950, la Universidad de San Carlos, gracias a los oficios del embajador guatemalteco, **Jorge Luis Arriola**, y del párroco de esa iglesia, **Angelo Carboni**, repatrió los restos de **Landívar**. Ahora reposa en el mausoleo construido en los terrenos de la finca La Pólvora, en las afueras de la Antigua Guatemala.

PEQUEÑOS POEMAS

1945 - 1964

A RAFAEL LANDÍVAR

Llamo y nadie responde.
Pregunto a la piedra y a los árboles.
Canta un pájaro y me doy cuenta
de que las casas no tienen ventanas:
demasiado débiles para tumbas,
demasiado fuertes para moradas.

Beso al leproso y a la niña con caspa.
Y a ti, violento geranio; y a ti, crepúsculo.
¡Se diría que va a llover sangre
de cómo se afanan las hormigas!

Volcán, ¡si supieras cómo te quiero,
niño mío! ¡Cómo suspiré al verte!
¡Qué ella también te hubiese visto
con ojos de mi niñez! ¡Por la que muero
de no soñar juntos sobre la misma almohada!

¿Dónde mis amigos? ¿Qué se hicieron?
Otra vez en tu reino, soledad.
Ya las estrellas enciendo y las espigas.
Perenne horror de caída sin término
y pirámide trunca y vena abierta.

Mi alma, leal, en ti se acendra
y fortifica, soledad. Despierto
y muero al recuperar mi cuerpo.
Así te imaginaba, con ruinas y volcanes
y una lluvia invisible en los cristales.

Desperté, y yo, Deseo, ya no estaba.
Había partido de nuevo en sueños.
Tú me reconociste por el anillo de mi dedo.
Sí, soy el legítimo. Y no encontré
la felicidad. ¡Diabólica es toda belleza!
¡Líbrame de la peor de las fiebres!
Ahora te sueño tan fuertemente

que le saco los ojos a la noche.
Ansias de ciegos pozos olvidados
encuentran con mi arado los luceros.

Sí, pero tu silencio de nocturna piedra.
Sí, pero tu voz de tan pura nunca oída.
Sí, pero tu sangre que deflagra
mi voz vencida, tu luz asunta: mi vida.

Partí por la puerta de atrás
y torné por al puerta señorial:
le dí la vuelta al mundo y a mí mismo.
Llegué tarde para charlar con los hermanos.
Sordos estaban y hablaban ya otra lengua.
Desplomóse el roble. Nacieron tumbas
y el becerro cebado tuvo nietos.
Abracé fantasmas. Y los presentes
estaban más lejanos que los muertos.

Río de sueños siguió mis pasos
y borró mis huellas, padre Adán.
¿Cómo llegar si nunca me he marchado?
¿Qué hacer para quedarme si no he vuelto?
Desperté, y yo, Deseo, ya no estaba,
"Duerme y no reposa", díjome el Hijo Pródigo.
"Deja lo que no tienen ni tendrás.
No hay casa, ni patria, ni mundo.
Somos de otra parte.
¡Al carajo!"

La voz del Hijo Pródigo era hermosa como el Deseo.
Vi el anillo de mi dedo. Soy el legítimo.
¡Oh, mi voz antigua, ígnea y vaticinante!
Yo quiero algo más que acciones y virtudes.

Y me marché por el portón trasero
para volver jamás.

114035

NUEVAS PUBLICACIONES

Tratado

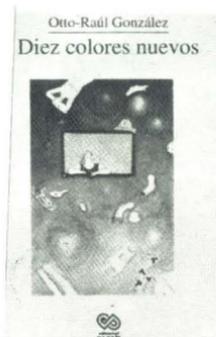


LETRAS DE GUATEMALA

Lucrecia Méndez de Penedo. Edit. Piedra Santa. Guatemala, 1993. 218 Págs.

Una bien lograda intención didactico-divulgativa, alcanza la serie que anuncia su autora de esta antología, la cual se revela como una aproximación a "Textos representativos de diferentes momentos y autores de las letras guatemaltecas, desde el período precolombino hasta mediados del siglo XX." El volumen revela la autoridad crítica y selectiva de su autora y prende la esperanza de los escritores (A partir de la Generación del 40), a nuestros días, de figurar en sus páginas.

Antología



DIEZ COLORES NUEVOS

Otto- Raúl González. Edit. Praxis. México, 1993. 124 Págs.

El poeta guatemalteco Otto-Raúl González, revela el poder creativo de la palabra y de la imaginación, al haber inventado estos colores: Enirio, Orjouz, Anab, Anadrio, Dunia, Gaorín, Yemalor, Vainubio, Tuang y Aif. De ellos se apropiaron primero los pintores, luego las mujeres. Ahora invaden el mundo, encabezados por el Anadrio, "color de la alegría y de la buena suerte". La más reciente edición del libro presenta una versión en Inglés y otra en Francés.

Poesía



REPETICIONES POR LA PAZ

José Luis Villatoro. Edit. Ministerio de Cultura. Guatemala, 1993. 89 Págs.

La presencia de una nueva ideología y el anhelo multitudinario de la paz, ofrece este nuevo libro de poemas del poeta José Luis Villatoro. Enriquece el volumen el prólogo de su par: Francisco Morales Santos. "Yo tengo mi canción. Es mía porque la hago con mis manos". Domina el ritmo en el autor y tiene atrevimientos para romper con la rima tradicional, jugando con la rima a la vez:

"Un sanate, para Sanarate"



Rector:

Lic. Gabriel Medrano Valenzuela

Vicerrectora General:

Guillermina Herrera Peña

Vicerrector Académico:

Lic. Luis Achaerandi, S.J.

Abrapalabra

Publicación trimestral

Consejo Consultivo:

Marcia Vásquez de Schwank

Amílcar Dávila E.

Ricardo E. Lima Soto

Oswaldo Salazar de León

Consejo Editorial:

Alfonso E. Barrientos

Juan Fernando Cifuentes

Max Araujo

Coordinadora:

Marta Ragina de Fahren

Diseño:

Carlos Rafael Figueroa

Portada:

Erika Grajeda

Universidad Rafael Landívar Departamento de
Asuntos Culturales, zona 16, Vista Hermosa III,
Apartado de Correos 39 C, Ciudad de
Guatemala, Rep. de Guatemala.

Las Colaboraciones son solicitadas. No se
devuelven originales

Universidad Rafael Landívar
Biblioteca



H14635



por tanto, matices muy encendidos.

Lo que encontramos en la *Rusticatio*, especialmente en la *Utopía social de los Castores*, es una aspiración genérica a la libertad y una organización de la sociedad inspirada en el modelo Kantiano de la "paz perpetua"; o bien en la Nueva Atlántida de F. Bacon o en la Ciudad del Sol de Campanella.

Landívar ve los diversos grupos humanos de América como un todo, una "variedad" entremezclada y unidad en un esfuerzo civilizador. Bien diferente era el nacionalismo de las ideas revolucionarias: los italianos pensaban en la independencia y en la unidad e Italia; los españoles en una España democratizada y con plena apertura a las ideas de la ilustración y a la autonomía de las regiones étnicas; los americanos del norte, pensaban en sacudirse la dominación colonial y, como lo prueba Clavijero, rescatar sus raíces precolombinas; en el sur soñaban en las repúblicas de los indios plenamente reconocidas.

Los jesuitas desterrados, durante seis años se mantuvieron unidos conservando las características tradicionales de la orden (1767-1773). Landívar como rector de la casa llamada la "Sapienza" era el moderador de las largas discusiones barrocas entre los perseguidos. Pero fue un período de gestación y de fermento; no produjeron obras de mayor importancia; sufrían hostilidades por parte de los mismos jesuitas italianos que veían en ellos más que todo una injusta competencia extranjera.

Cuando en 1773 la Compañía de Jesús fue oficialmente disuelta por el Pontífice se dispersaron, cuando menos psicológicamente, y entraron de lleno en la polémica a la vez cultural y nacionalista. Cada cual echó mano a sus particulares habilidades personales en un clima cultural que se había polarizado violentamente por la apertura que existía en Italia a las ideas de la revolución francesa, del positivismo, del enciclopedismo y de la filosofía cartesiana de Leibniz y Espinoza. Fue entonces que destacaron las grandes personalidades que emprendieron obras colosales en defensa y exaltación de su propia nación.

Los escritores jesuitas de cierta capacidad fueron varias decenas; pero los que destacaron como eminencias de fama internacional son: Baltasar Masdeu, Esteban Arteaga, Lorenzo Hervás, Isla, Andrés, Navarrete, Mayans, Finestres, Luengo, Ossuna, Abad, Clavijero y Landívar.

En este conjunto ardoroso, Rafael Landívar aparece como un manso cordero. Su nacionalismo madura al calor de las polémicas pero nunca pierde el equilibrio y el sentido universal de los clásicos. Por esta razón vemos el cambio que se realiza en la *Rusticatio*, entre la primera edición de *Módena* (indulgente al exotismo y a lo curioso) y la segunda edición de *Bolonia* (construida como un sólido monumento de ciencia), como agudamente observa el Dr. Chamorro. Es un cambio discreto, silencioso pero sumamente significativo. Reubicado históricamente, y visto en este mar de polémicas, traspaesa el apasionamiento transitorio de una situación puramente contingente.

El nacionalismo de Landívar se esconde tras los hexámetros reluctantes de su música clásica, pero posee la fuerza de la naturaleza misma, el contenido exacto de la descripción científica, y la incorruptibilidad misma de los clásicos. Landívar mira hacia el futuro, lo demuestra en su entrega del poema a la juventud. Pero no conoce qué rumbo tomará este futuro, por ello no se pierde en vanas diatribas. Sólo sabe que América será grande, y que su gente laboriosa es capaz de construir realidades nuevas con la disciplina y el poder de la ciencia y la Fe.

EDITORIAL

EL NACIONALISMO DE RAFAEL LANDIVAR

Si Landívar no hubiera tenido que ir al destierro, y se hubiera quedado en la Antigua, su lucha se habría limitado a algunas escaramuzas ideológicas con otras órdenes religiosas como Dominicos o Franciscanos, a propósito de la "moral jesuítica" criticada como "relajada", o bien en el campo académico (siendo Superior de los Universitarios de San Borja) con la Universidad de San Carlos, sobre el contenido de los estudios: filosofía, escolástica versus cartesianismo; especulación teórica versus ciencias experimentales. El problema de la independencia estaba todavía muy lejos de plantearse en Guatemala.

Sin embargo, a nivel mundial se jugaban intereses de orden mucho más grande: el naciente desarrollo de la ciencia moderna del siglo XVIII, llevaba consigo una revolución total que parecía arrazar con toda la tradición cristiana, los jesuitas y entre ellos Landívar, jugaban un papel importante como mediadores entre actitudes reaccionarias y medievales de la Iglesia y de representantes del clero por la parte conservadora y, una apertura sabia a las nuevas ideas y a las ciencias empíricas, que fueran compatibles con la Fe. Con este doble movimiento se mezclaba un nuevo sentido de "nacionalismo" que preconizaba la formación de los "estados nacionales", que saldrían de la revolución francesa y de toda Europa.

En la ciudad de Bolonia, en los últimos treinta años del siglo XVIII, el asunto de la nacionalidad adquiría

Antonio Gallo